



Compañía de Jesús
Provincia de España

P. JUAN JOSÉ MORENO PÉREZ DE ARRILUCEA, S.J.

Bilbao 20/06/1938 – Loyola 23/03/2021

Hay personas en la vida que pasan a ser un referente y Juanjo lo ha sido y lo seguirá siendo para muchos de los que hemos tenido la suerte de haberle conocido de cerca. Podría decirse que su personalidad ha calado profundamente en todos los lugares donde ha residido. Si nos preguntan el porqué, es lógico que cada uno tienda a subrayar uno de los aspectos que más le ha tocado vivir de cerca, pero todos ellos están tan íntimamente ligados, que no se pueden separar. Y es que Juanjo ha sido una persona de *“muchas patas que sustentan una realidad común”*, a la que él ponía diferentes nombres, pero que venían a expresar lo mismo: educación - equipo – comunidad – solidaridad -Casa del Padre. Ya se tratara de su misión como educador, entrenador, compañero, superior, compromiso social, todos hemos escuchado de él mensajes transversales comunes.

De innegables dotes intelectuales, que le hicieron brillar como estudiante durante su carrera de químicas en Zaragoza y como jugador profesional, llegando incluso a ser seleccionado en el equipo nacional de baloncesto, siendo compañero y gran amigo del histórico Emiliano Rodríguez.

Pero él enfocó todos sus saberes y cualidades personales para ponerlas al servicio de la juventud como jesuita. Por encima de todo yo soy jesuita – decía cuando le preguntaban sobre su identidad. Su llamada era a *“dedicarse a las personas y hacer el bien”*.

Su andadura en Durango

Su andadura en relación a Durango, comenzó de manos del P. Zavala. Él fue quien gestionó su presencia todos los fines de semana, durante su etapa de estudios jesuíticos. Ahí comienza su labor como entrenador de base durante más de 30 años, revolucionando el club y sentando las bases de una nueva forma de hacer baloncesto en España, que llega a nuestros días. Por sus manos, pasaron multitud de jóvenes que además de excelentes jugadores y entrenadores, fueron excelentes personas.

Toda su preocupación fue formar personas en valores: *«Procuro ayudar a que salga lo más positivo de las personas»*, decía en una entrevista. Y añadía: *“Al final, la felicidad te viene, sobre todo, cuando tú aportas de corazón lo mejor que tienes”*.

Sin duda alguna, esa forma de ser y de entrenar, fue una herencia que recibió en su juventud de su familia: *«Agradezco haber nacido en el 38 y vivir la postguerra, la época del racionamiento y la necesidad. La vida en una familia*

modesta y en un barrio en el que todas las familias nos ayudábamos. Sin querer, aprendí el valor de ayudarse mutuamente»

Y eso lo traducía a su manera a la hora de “ser equipo” en el viejo frontón del patio colegial. Ser equipo era coger las escobas y barrer con serrín los charcos que formaban las goteras. Ser equipo era colocar las canastas y las mesas con sus sillas, para los banquillos y los anotadores. Ser equipo era tener que recoger todo al finalizar el partido. Ser equipo era tener que lavarse las propias camisetas y llevarlas preparadas para el siguiente partido. Ser equipo era no recibir otra recompensa mejor que la de “ser equipo”. Y los mejores del equipo, dejaban de ser tales si no eran constantes y buenos compañeros en los entrenamientos, y con ello se jugaban el puesto más que con el número de canastas encestandas. Toda una filosofía que ha transmitido a sus seguidores. Y en esa forma de proceder, rezumaba lo humano y lo religioso. El Aita, era el Aita.

“El baloncesto crea insensiblemente en el jugador y en un buen entrenador, una enorme disponibilidad al servicio del grupo y del equipo. Y esa idea de que cada uno en el grupo tiene cosas distintas que aportar, pero que lo sepamos valorar todos, ayuda un montón para la vida. Al final la felicidad te viene, sobre todo, cuando tu aportas en el ámbito que sea, de corazón, lo mejor que tienes.

Nunca le gustaron los pedestales, sino el roce con la gente y la proximidad de amigo. *«Dar gratis lo que gratis hemos recibido»*, era una frase que se le escuchaba frecuentemente como uno de los lemas de equipo. Aunque no buscara pedestales y aplausos, Juanjo ha encontrado en no pocas ocasiones una respuesta agradecida a su labor por parte de Vizcaya y de Durango, a través de diferentes reconocimientos, homenajes y premios:

- Trofeo Barón de Güell en la Gala del Deporte Vizcaíno (1973).
- Insignia de Oro en una ocasión anterior, e Insignia de Oro y Brillantes del Club Tabirako (1986).
- Medalla de Oro de la Federación Vizcaína.
- Medalla de Oro de la Federación Española de Baloncesto (1986).
- Txupinero de fiestas, en 1994.
- Premio Euskadi del Deporte del Gobierno Vasco “A la labor de promoción social y formación” (1995).
- Medalla de Oro del Ayuntamiento de Durango (1995).
- Medalla de Plata de la Federación Vasca de Baloncesto (2006).
- El “Saski Saria”, homenaje por parte de la Federación Vizcaína de Baloncesto, en reconocimiento de su gran labor a favor de nuestro básquet y, en especial, como alma mater del Tabirako. (2010)
- Premio Durangaldeko Teila 2014”, de manos de la Asociación Cultural Gerediaga del Duranguesado, en reconocimiento a su labor en la villa.

Al recoger este último premio, una vez más volvía a surgir su espíritu de equipo: *“Cuántas cosas hemos hecho juntos, y subrayo juntos, porque sin vosotros yo no habría hecho nada y no estaría hoy aquí”*,

No es extraño que Ina Mendibe, actual presidente del Tabirako, llegue a considerar a Juanjo como *«patrimonio del pueblo»*, alguien que *«siempre nos ha seguido y nos seguirá, y nosotros a él»*.

Los últimos años de estancia en Durango, siendo superior y como opción discernida en comunidad, se dio el gran paso testimonial de compartir vivienda

con un buen grupo de jóvenes africanos, proceso que terminó con la creación de la fundación “Jesuiten Etxea” (2007). Siempre se le cayó la baba hablando de esa experiencia que tanto bien hizo a la comunidad y al grupo migrante. Una forma más de vivir su espíritu de equipo y sus inquietudes sociales...

Su nuevo destino en Tudela

Tuve la suerte de haber compartido con Juanjo vida y vocación muchos años, no sólo en Durango sino también siendo él superior en Tudela desde el año 2011 hasta 2016.

El talante social y de equipo volvió a brotar en Tudela. Además de su presencia como superior de la comunidad y miembro del consejo de dirección de nuestro colegio, se involucró de lleno en la vida social de la ciudad. Asumió la función de director gerente de la “Fundación San Francisco Javier”, de la que depende la obra social Centro Padre Lasa, cuya misión es acompañar, servir y defender a la población migrante y a los más desfavorecidos del entorno.

Participó también en los inicios de la nueva fundación “Tudela Comparte”, siendo miembro de la misma hasta que dejó Tudela. Pero, llegado el momento, llevó consigo a su nuevo destino de Donosti todo el aprecio y cariño a esta obra, que pasó a ser una de sus “debilidades”, de la que hablaba con pasión hasta los últimos días de su vida.

Son muchos los grupos y asociaciones de Tudela en los que Juanjo ha dejado huella, entre ellos el grupo de teología, con sus reuniones en las que hablaban de Jesús.

También, los grupos deportivos, con los que le gustaba crear vínculos de amistad y asistir a los partidos; la asociación de mujeres del Barrio; la de gigantes y cabezudos. etc. Recuerdo que, cuando dejó Tudela, me insistía en la importancia que tiene el mantener esos vínculos para animar y para crear espíritu de amistad y de Barrio.

Nuevo destino a Donosti

En el año 2016, comienza su nueva misión en Donosti, Colabora principalmente, y en la medida en que sus ya limitadas fuerzas se lo permiten, en Loiolaetxea, y en su proyecto de reinserción de las personas que salen de prisión. Loiolaetxea es un espacio de encuentro y acompañamiento en el que participan muchas personas y grupos de voluntariado. Juanjo dedica allí su tiempo a estar, escuchar y acompañar.

Último destino en Loyola

Por fin, y a petición suya, es destinado a Loyola. Allí vuelvo a encontrarme una vez más con él, y con su proceso de deterioro progresivo e imparable que le ha durado tan solo dos meses escasos.

En su cama del hospital, ya en los últimos días de su vida, en medio de sus molestias y de su respiración fatigosa, veía cómo se le iluminaban los ojos y se le soltaba la lengua para hablar de ese gran milagro de “Villa Javier” (Tudela Comparte) y de sus gentes. De nuevo hablábamos de “un equipo”, de lo importante que es el hecho de que, por encima de las siglas políticas o religiosas, prime el reto social de responder a las necesidades de los más desfavorecidos. Hablábamos del comedor de Villa Javier, abierto durante los 365 días del año,

de “El Capacico”, especie de economato para responder a las familias con niños, y de otros variados servicios de acogida, atención y acompañamiento cuyas modalidades van incrementándose año tras año por parte de la Fundación Tudela Comparte, con gran respuesta y valoración del pueblo y de las instituciones. Y hablando de ello parecía resucitar por unos minutos. Era lo que más le animaba en el lecho del hospital. Eso y el hablar del Aita, de la “Casa del Padre”. No empleaba muchas palabras, pero todo eso lo condensaba y yo lo adivinaba en su expresión.

Descansa en paz, buen amigo.

Alberto Pérez Pastor S.J.

27 de Marzo 2021